

# Composición

*Revista de filosofía habitable*



Composición. Revista de filosofía habitable · Vol. 1, núm. 2 · 29 de mayo de 2026

# Paideia. Formación, verdad y producción de subjetividad en el Compositacionismo

**Jorge Santoveña Martín**

Graduado en Filosofía, Política y Economía (Universidad Pontificia Comillas); Máster Universitario en Análisis Político (Universitat Oberta de Catalunya); Licenciado en Historia (Universidad de Oviedo) y en Sociología y Ciencias Políticas (UNED); profesor de Geografía e Historia de Educación Secundaria y Bachillerato.

## Resumen

Este artículo desarrolla una concepción compositacionista de la paideia como proceso material de formación de la subjetividad. Frente a las concepciones clásicas y contemporáneas, que oscilan entre la trascendencia normativa y el relativismo formativo, se propone entender la formación como reconstrucción operatoria de estructuras reales en condiciones históricas determinadas. La paideia se redefine como producción de subjetividades capaces de sostener verdad, consistencia y ruptura de la caverna. El análisis integra dimensiones ontológicas, gnoseológicas, técnicas y políticas, mostrando que la formación no es un ámbito separado, sino un eje estructural del mundo común.

**Palabras clave:** *paideia, subjetividad, verdad, eros, caverna, formación, técnica, Compositacionismo.*

## Abstract

This article develops a compositacionist conception of paideia as a material process of subject formation. Against classical and contemporary approaches—oscillating between normative transcendence and formative relativism—it proposes understanding formation as an operative reconstruction of real structures under historical conditions. Paideia is redefined as the production of subjectivities capable of sustaining truth, consistency, and rupture from the cave. The analysis integrates ontological, epistemological, technical, and political dimensions, showing that formation is not a separate domain but a structural axis of the common world.

**Keywords:** *paideia, subjectivity, truth, eros, cave, formation, technique, Compositacionism.*

## 1. Introducción: el problema contemporáneo de la formación

La cuestión de la formación constituye uno de los problemas más decisivos del presente, aunque con frecuencia aparezca desplazada, fragmentada o disuelta en discursos pedagógicos, institucionales o meramente técnicos. Se habla constantemente de educación, de aprendizaje, de competencias o de innovación pedagógica, pero rara vez se plantea con rigor la pregunta fundamental: qué significa formar una subjetividad en condiciones contemporáneas.

En un contexto caracterizado por la fragmentación de la experiencia, la reorganización tecnológica de la subjetividad y la crisis de los marcos normativos tradicionales, esta pregunta adquiere una centralidad filosófica ineludible. La formación se ha convertido en un problema porque las condiciones que la hacían posible —continuidad temporal, mediaciones institucionales sólidas, estructuras simbólicas compartidas— se han visto alteradas. En este nuevo contexto, la subjetividad tiende a organizarse de manera más fragmentaria, más dependiente de estímulos externos y menos capaz de sostener procesos largos de elaboración, atención y reconstrucción.

La filosofía contemporánea ha tendido a abordar este problema de manera insuficiente. Por un lado, persisten modelos heredados que conciben la paideia como elevación hacia un ideal trascendente. Este modelo tiene la ventaja de dotar a la formación de dirección y exigencia, pero introduce una dificultad estructural: sitúa su finalidad fuera de las condiciones efectivas en las que la subjetividad se produce. Por otro lado, proliferan enfoques que reaccionan frente a esta trascendencia disolviendo la formación en procesos contingentes: desarrollar competencias, adaptarse a contextos cambiantes, adquirir habilidades funcionales. La paideia se reduce entonces a un conjunto de prácticas instrumentales orientadas a la integración del sujeto en sistemas ya dados, perdiendo la posibilidad de pensar la formación como proceso orientado hacia la verdad o la consistencia.

El resultado de esta doble herencia es una doble insuficiencia estructural: o bien la formación se orienta hacia un horizonte externo al mundo material, que la vuelve difícilmente operativa, o bien se disuelve en procesos sin dirección estructural ni criterio normativo, que la vuelven incapaz de sostener exigencias filosóficas fuertes. A esta doble insuficiencia se añade una dificultad específica del presente: la intervención directa de la técnica en la producción de subjetividad. Los entornos digitales no solo transmiten contenidos o facilitan aprendizajes; reorganizan la atención, el deseo, la memoria y la temporalidad.

El Compositacionismo interviene en este problema mediante su operación característica: conservar la función estructural de la paideia y destruir su soporte trascendente. La formación no desaparece; se redefine como proceso material de producción de subjetividad, inscrito en la *symploké* de relaciones que configuran el mundo común. No es un tránsito hacia otro plano, sino una transformación interna de la relación con lo real. La paideia no es un ámbito sectorial: es el problema de cómo se produce una subjetividad capaz de habitar el mundo con verdad y consistencia.

## 2. La paideia en la tradición clásica: función y límite

En la tradición clásica, especialmente en Platón, la paideia designa el proceso mediante el cual el sujeto es transformado para acceder a la verdad. No se trata de una simple transmisión de conocimientos ni de una acumulación progresiva de contenidos, sino de una reorganización profunda de la subjetividad. Formarse implica cambiar la manera de ver, de desear, de pensar y de habitar el mundo.

La fuerza de esta concepción reside en varios elementos filosóficamente relevantes. En primer lugar, la formación implica transformación, no acumulación: el conocimiento no se concibe como un conjunto de datos que se añaden a un sujeto ya constituido, sino como un proceso que modifica la propia estructura del sujeto.

En segundo lugar, la formación está orientada hacia la verdad, introduciendo una dimensión normativa fuerte: no toda forma de subjetividad es equivalente. En tercer lugar, la paideia articula ética, política y conocimiento: afecta a la manera de vivir, de relacionarse con otros y de participar en la polis. En cuarto lugar, introduce una dimensión exigente y no relativista: la formación implica disciplina, esfuerzo y confrontación con la propia ignorancia.<sup>1</sup>

Sin embargo, junto a esta potencia conceptual, la paideia clásica presenta un límite estructural decisivo desde una perspectiva materialista. El núcleo de este límite reside en la orientación de la formación hacia un exterior ontológico: el mundo inteligible. La transformación del sujeto tiene como finalidad última el acceso a un plano de realidad distinto y superior al mundo sensible. Esto separa la formación de sus condiciones efectivas, introduce una jerarquía ontológica que devalúa el mundo sensible, establece una teleología fija y genera una tensión entre conocimiento y mundo común.

Por ello, la operación compositacionista no consiste en rechazar la paideia clásica, sino en intervenir en su estructura. El Compositacionismo no rechaza la paideia clásica: la invierte. Esta inversión conserva su núcleo racional —la idea de formación como transformación estructural de la subjetividad orientada hacia la verdad—, pero elimina su soporte trascendente. La paideia deja de ser salida del mundo y pasa a ser reorganización dentro de él. La formación no será ya un camino hacia otro mundo: será el proceso mediante el cual el sujeto se reorganiza para habitar este con mayor verdad y consistencia.

## 3. Inversión compositacionista de la paideia

<sup>1</sup> La inversión compositacionista de la paideia conserva de Platón precisamente lo que hace filosóficamente potente la noción: que la formación es transformación estructural de la subjetividad —no acumulación de contenidos— y que tiene dirección normativa hacia la verdad. La *periagogé* —el giro de la mirada, no simplemente la adquisición de nuevos datos— es la imagen que el Compositacionismo retiene y reinscribe. Lo que destruye es la arquitectura de dos mundos que hace necesaria la salida: en lugar de giro hacia el exterior inteligible, reorganización de las mediaciones que producen al sujeto dentro del único mundo material. El mito de la caverna no es suprimido; es relocalizado: la caverna está dentro del mundo, y la formación es la capacidad de operar dentro de ella de manera menos capturada.

La inversión composicionista de la paideia debe entenderse como una aplicación rigurosa de la operación central del sistema: conservar la función racional de una categoría clásica y destruir su soporte trascendente. La tesis central puede formularse con claridad: la paideia no es elevación hacia un exterior, sino reorganización material de la subjetividad dentro del mundo. Formarse ya no significa ascender hacia un plano superior de realidad, sino reorganizar las mediaciones que constituyen la subjetividad de tal manera que esta pueda relacionarse con lo real de forma más rigurosa, más consistente y menos capturada por la apariencia.

Esta inversión puede precisarse a través de varios desplazamientos fundamentales. El primero es que la paideia no es trascendencia, sino immanencia: no existe un plano suprasensible al que el sujeto deba elevarse para alcanzar la verdad; la formación es un proceso interno a la propia materialidad del mundo, de rearticulación de la subjetividad dentro de la *symploké* de mediaciones que la producen. El segundo es que la paideia no es contemplación, sino operación: la formación no consiste en aprender a contemplar un orden dado, sino en aprender a operar sobre lo real, a someter la experiencia a resistencia, a reconstruir estructuras, a identificar mediaciones y a corregir errores.<sup>2</sup>

El tercero es que la paideia no es transmisión, sino producción: formar no es simplemente entregar conocimientos o inculcar normas, sino producir una determinada organización subjetiva; lo decisivo no es qué contenidos se comunican, sino qué tipo de relación con lo real se hace posible a través de esa comunicación.<sup>3</sup>

El cuarto desplazamiento permite comprender el cambio de estatuto normativo de la paideia: no es ideal, sino estructura. La formación ya no está orientada por un ideal exterior que funcionaría como modelo acabado al que el sujeto debería aproximarse. Formarse significa reorganizar las relaciones entre percepción, atención, deseo, lenguaje, memoria, técnica y práctica de tal manera que el sujeto pueda sostener formas de verdad y de consistencia más robustas. El criterio normativo ya no proviene de un ideal exterior, sino de la capacidad estructural de una subjetividad para no quedar capturada por la apariencia, para operar con lo real y para sostener composiciones no destructivas.

A partir de estos desplazamientos, la formación deja de ser un proceso de acceso a un plano superior y pasa a ser un proceso de reorganización de las mediaciones que constituyen la subjetividad. La subjetividad se constituye a través de ellas: lenguaje, instituciones, técnica, prácticas sociales, vínculos afectivos, temporalidades, ritmos de atención. Formar significa reorganizar esa trama. No eliminar la mediación, sino transformarla. No buscar un acceso inmediato a la verdad, sino construir mediaciones más rigurosas. La paideia es, en este sentido, una práctica de composición. La paideia deja de ser el nombre de una elevación del alma: pasa a ser el nombre de una práctica material de recomposición subjetiva dentro del mundo común.

## 4. Formación como reconstrucción operatoria

Desde el Composicionismo, la formación debe entenderse como reconstrucción operatoria. Formarse no consiste en recibir contenidos, acumular información ni interiorizar normas previamente establecidas, sino en adquirir la capacidad de operar sobre lo real de manera rigurosa. La paideia deja de ser un proceso de incorporación pasiva y pasa a ser una práctica activa: el sujeto aprende a trabajar con lo real, a transformarlo, a someterlo a prueba y a reconstruir sus estructuras.

La reconstrucción operatoria implica varias dimensiones inseparables. En primer lugar, someter la experiencia a resistencia: la formación exige romper con la inmediatez de la experiencia tal como se presenta, confrontar lo que se da con operaciones que pongan a prueba su consistencia. En segundo lugar, reconstruir estructuras: formarse implica aprender a identificar las relaciones que constituyen los fenómenos, a distinguir niveles, a reconocer mediaciones y a reconstruir configuraciones que no son inmediatamente visibles. En tercer lugar, identificar mediaciones: la formación consiste en hacer visibles las mediaciones que organizan la experiencia, comprender su funcionamiento y operar sobre ellas. En cuarto lugar, corregir errores: la reconstrucción operatoria está atravesada por el error, la rectificación y el ajuste; sin posibilidad de corrección, no hay formación.

Estas dimensiones permiten comprender por qué la paideia se vincula directamente con la noción composicionista de verdad. Si la verdad es reconstrucción operatoria bajo la resistencia del mundo, la formación es el proceso mediante el cual el sujeto adquiere la capacidad de realizar esa reconstrucción. No hay formación sin práctica de verdad, y no hay verdad sin formación. La formación aparece así como condición de posibilidad de la verdad, pero también como su efecto. El sujeto se forma al reconstruir, y reconstruye en la medida en que está formado.

La reconstrucción operatoria es inseparable de varias dimensiones materiales que constituyen su condición de posibilidad: el cuerpo, pues no hay formación sin práctica corporal; el lenguaje, que como herramienta operatoria permite organizar la experiencia y hacerla comunicable; la técnica, que media toda operación sobre lo real; el método, que introduce regularidad y rigor; y la dialéctica, pues la reconstrucción no se produce en aislamiento sino en confrontación con otras posiciones, con objeciones y con límites internos.

Esto permite distinguir con claridad entre dos modelos de subjetividad: una subjetividad acumulativa, que se define por la cantidad de información que posee y es frágil frente a la transformación de las condiciones; y una subjetividad operatoria, que se define por su capacidad de reconstrucción, puede adaptarse a contextos cambiantes y es capaz de enfrentarse a problemas nuevos, reorganizar su conocimiento y sostener procesos de aprendizaje continuo. La paideia composicionista apunta claramente hacia este segundo modelo. No se forma quien sabe, sino quien puede reconstruir. La formación es una potencia, no un depósito.

## 5. Paideia, eros y orientación del deseo

La formación no es posible sin una reorganización del eros. El deseo no es un añadido a la formación, sino una de sus condiciones de posibilidad. La paideia no actúa sobre un sujeto neutral, sino sobre una subjetividad ya orientada por formas de eros. Por ello, toda teoría de la formación que no integre el problema del deseo queda necesariamente incompleta.

El deseo orienta la subjetividad de manera estructural: determina qué objetos aparecen como relevantes, qué prácticas pueden sostenerse, qué procesos se abandonan o se continúan, qué formas de vida resultan habitables o no. Si el eros está capturado por la inmediatez o por la apariencia, la formación queda bloqueada. Una subjetividad orientada hacia la satisfacción inmediata, hacia estímulos fragmentarios o hacia circuitos cerrados de repetición difícilmente podrá sostener procesos largos de reconstrucción operatoria. La paideia exige temporalidad, disciplina, atención sostenida y capacidad de soportar la resistencia del mundo. Estas condiciones no pueden mantenerse sin una orientación deseante adecuada.

Esto implica una tesis fundamental: la paideia es también formación del deseo. La formación no consiste únicamente en enseñar a pensar, sino en reorganizar la manera en que el sujeto desea. No basta con proporcionar herramientas conceptuales si el deseo del sujeto está orientado en direcciones que impiden su uso. La reorganización del eros no implica su negación ni su represión: el problema no es eliminar el eros, sino reorganizarlo. Esta reorganización opera sobre las mediaciones que lo producen: hábitos de atención, entornos técnicos, prácticas sociales, lenguajes disponibles, estructuras simbólicas, temporalidades de la experiencia.

Esta reorganización puede orientarse en varias direcciones fundamentales: hacia la verdad, desarrollando una disposición a someter la propia experiencia a prueba, a aceptar la corrección y a buscar la consistencia estructural frente a la apariencia inmediata; hacia la consistencia, configurando el eros de tal manera que permita sostener prácticas de verdad a través del tiempo y estructurar procesos largos; y hacia formas de vida sostenibles, orientando la subjetividad hacia formas de relación y de participación que no destruyan sus propias condiciones de posibilidad.<sup>4</sup>

La paideia puede entenderse, en este sentido, como el proceso mediante el cual se pasa de un eros capturado —orientado hacia la inmediatez, dependiente de estímulos continuos, con dificultad para sostener procesos largos— a un eros estructurado —capaz de sostener atención prolongada, orientado hacia procesos complejos, abierto a la resistencia de lo real—. Este carácter inestable es importante: el eros no queda fijado de una vez por todas y puede reconfigurarse, desviarse o quedar capturado de nuevo. Por ello, la formación del deseo no es un momento inicial que se supera, sino una tarea continua. Sin eros adecuado, no hay formación.

## 6. Técnica y descomposición formativa

<sup>2</sup> La distinción entre subjetividad acumulativa y subjetividad operatoria es el punto en que la paideia composicionista más claramente converge y diverge con Dewey. Dewey rechazó la educación como transmisión pasiva de contenidos y propuso el aprendizaje como experiencia activa y resolución de problemas. El Composicionismo acepta esa crítica al modelo acumulativo pero añade dos precisiones que Dewey no desarrolla suficientemente: que la resistencia a la que debe someterse la experiencia es la resistencia efectiva del mundo real y no solo la lógica del problema práctico, y que la formación del deseo es condición de la formación cognitiva, no su consecuencia. Para Dewey, el interés del sujeto ya está dado y orienta el aprendizaje; para el Composicionismo, ese interés es ya resultado de un proceso formativo que debe ser analizado.

<sup>3</sup> La tesis de que la formación es producción de subjetividad —no transmisión— establece una conexión con Freire, pero desde una posición ontológicamente distinta. Freire identifica la educación bancaria como forma de dominación, y propone la educación como práctica de la libertad mediante problematización del mundo vivido. El Composicionismo acepta la crítica a la educación bancaria y la dimensión política constitutiva de la formación. Donde se distancia es en el fundamento: Freire apela a una humanización que presupone una naturaleza humana a realizar —la vocación ontológica de ser más— que el Composicionismo no puede aceptar sin esencialismo. El criterio composicionista no es la realización de la naturaleza humana sino la consistencia objetiva de las composiciones que la formación produce.

<sup>4</sup> La descomposición formativa producida por los entornos digitales no es simplemente menor atención o menor concentración: es transformación estructural del régimen de temporalidad en que la formación se produce. La paideia requiere lo que Stiegler llama retención terciaria —la capacidad de sedimentar experiencia en soportes técnicos que permiten la reactivación y la elaboración diferida— pero los sistemas de retroalimentación algorítmica tienden a sustituir esa sedimentación por circulación continua de contenidos sin consolidación. La diferencia entre leer un libro y navegar por un feed no es cuantitativa —más o menos información— sino cualitativa: el libro produce un tiempo de elaboración que el feed elimina estructuralmente. La paideia contemporánea debe pensar cómo producir ese tiempo en entornos que lo destruyen sistemáticamente.

En el contexto contemporáneo, la técnica interviene directamente en la formación. Esta intervención no es externa ni secundaria, sino estructural. La paideia ya no puede pensarse como un proceso que tiene lugar al margen de las mediaciones técnicas, porque estas forman parte constitutiva del entorno en el que se produce la subjetividad. La técnica no solo facilita el acceso a contenidos o amplía las posibilidades de aprendizaje: reorganiza las condiciones mismas de la experiencia, modifica la atención, transforma la temporalidad, reconfigura la memoria y orienta el deseo.<sup>5</sup>

Los entornos digitales introducen una transformación cualitativa en las condiciones de la paideia. Tienden a producir fragmentación de la atención, inmediatez en la relación con los estímulos, dificultad para sostener procesos largos y dependencia de circuitos de retroalimentación continua. La atención deja de organizarse en torno a secuencias prolongadas y pasa a distribuirse en múltiples focos breves. La temporalidad se acelera y se comprime, dificultando la consolidación de procesos de aprendizaje que requieren duración, repetición y elaboración.

Este conjunto de transformaciones afecta directamente al núcleo de la paideia. La formación, entendida como reconstrucción operatoria, exige precisamente aquello que estos entornos tienden a debilitar: capacidad de sostener la atención, disposición a soportar la resistencia del mundo, continuidad temporal, integración de experiencias en estructuras coherentes. Cuando estas condiciones se erosionan, la formación no desaparece, pero se ve profundamente alterada. Esto puede describirse como un proceso de descomposición formativa, que se manifiesta en la dificultad para sostener procesos de reconstrucción operatoria, en la sustitución de la experiencia por flujos de información, en la transformación de la memoria y en la reorganización del deseo hacia circuitos de gratificación rápida.

Desde el punto de vista compositivo, esto no debe interpretarse como una simple decadencia ni como una pérdida irreversible. La técnica no elimina la formación: la reconfigura. Esta reconfiguración tiene un carácter ambivalente: por un lado, introduce dinámicas que dificultan la paideia; por otro, abre posibilidades nuevas de acceso, de experimentación y de reorganización de las mediaciones. El problema no es la técnica en sí, sino las formas específicas de su articulación. Esto supone una ampliación del concepto de formación: la paideia ya no se limita al dominio de saberes, sino que incluye la organización de la relación con la técnica. Formarse implica aprender a habitar los entornos técnicos sin quedar completamente capturado por ellos. La formación no desaparece en la técnica: se desplaza a un terreno en el que debe ser constantemente reconstruida.

## 7. Paideia y ruptura de la caverna

La formación está directamente vinculada con la ruptura de la caverna. Si la caverna designa una organización material de la apariencia que configura la experiencia, produce subjetividad y limita el acceso a las estructuras reales, entonces la paideia no puede ser otra cosa que el proceso mediante el cual el sujeto adquiere la capacidad de operar contra esa organización aparente. Formarse no significa adaptarse a las evidencias vigentes ni interiorizar sin más las formas estabilizadas de experiencia que una sociedad ofrece. Si esas formas están atravesadas por la doxa, la adaptación a ellas no constituye formación, sino reproducción de la caverna.

La relación entre paideia y caverna puede formularse así: la formación no tiene como finalidad principal acomodar al sujeto al mundo tal como aparece, sino hacerlo capaz de atravesar críticamente ese aparecer para reconstruir las estructuras que lo organizan. La paideia no confirma la evidencia; la pone en cuestión. No se trata de salir del mundo, como en la versión dualista clásica del mito, sino de operar dentro de él de una manera distinta. La ruptura con la caverna, en clave compositiva, no consiste en escapar hacia un exterior inteligible, sino en transformar la relación con las mediaciones que producen la apariencia. Esta transformación exige al menos tres operaciones fundamentales: desmontar la apariencia, someterla a resistencia y reconstruir estructuras reales.

Desmontar la apariencia significa aprender a no tomar como inmediatas, naturales o evidentes las formas en que el mundo se presenta: reconocer que lo que aparece está producido, por lenguajes, instituciones, técnicas, ritmos sociales, estructuras de poder y dispositivos de atención. Someter la apariencia a resistencia significa confrontar las mediaciones con la oposición efectiva de lo real; la paideia forma al sujeto para esta confrontación, enseñándole a no confundir estabilidad aparente con verdad y a soportar la desconfirmación y la posibilidad de error. Reconstruir estructuras reales significa pasar del dato aislado a la estructura, del fenómeno inmediato a la relación, del contenido disperso a la composición articulada.

A partir de estas operaciones puede formularse la tesis central: la paideia es el proceso mediante el cual el sujeto se vuelve capaz de la ruptura con la caverna. Esta capacidad no es puramente intelectual; afecta al conjunto de la subjetividad, implicando una reorganización de la atención, del deseo, del lenguaje y de la temporalidad. De todo lo anterior se sigue una consecuencia decisiva: la formación es necesariamente conflictiva. No puede pensarse como un proceso armónico, lineal o exento de tensiones. Formarse implica conflicto con la apariencia, con los hábitos estabilizados, con las propias inercias subjetivas. La paideia se opone frontalmente a las concepciones contemporáneas que identifican formación con adaptación fluida, bienestar inmediato o integración sin fricción. La paideia no puede reducirse a adaptación ni a integración inmediata: exige un tiempo y una conflictividad que la adaptación funcional tiende a cancelar.

## 8. Formación y mundo común

La paideia no es un proceso individual aislado. La formación no acontece en el interior de una conciencia autónoma ni puede reducirse a un proceso psicológico o introspectivo. Se produce siempre en el entramado de mediaciones que configuran el mundo común: instituciones, prácticas, técnicas, lenguajes, relaciones sociales, estructuras económicas y políticas. La paideia no actúa sobre un sujeto previo a estas mediaciones, sino que se despliega en ellas y a través de ellas.

Este mundo no es un mero escenario pasivo en el que tienen lugar los procesos formativos, sino un conjunto de estructuras activas que condicionan, orientan y limitan las posibilidades de la paideia. Las instituciones educativas, las formas de organización del trabajo, los dispositivos técnicos, los lenguajes disponibles y las prácticas sociales no solo transmiten contenidos, sino que configuran modos de atención, de deseo y de relación con la verdad. Una institución puede favorecer la reconstrucción operatoria o, por el contrario, promover la repetición mecánica, la acumulación superficial o la adaptación sin crítica. Las prácticas sociales cotidianas, los dispositivos técnicos y las relaciones interpersonales también forman parte del proceso formativo.

Esto permite precisar una tesis central: la formación es política. No en el sentido de que deba ser instrumentalizada por un proyecto ideológico particular, sino en el sentido de que depende de la organización del mundo común. Una sociedad no solo distribuye recursos o regula comportamientos; produce subjetividades. La calidad de la paideia depende de las formas de subjetividad que una sociedad tiende a producir. Si esas formas están caracterizadas por la fragmentación, la captura de la atención, la dependencia de estímulos inmediatos o la incapacidad de sostener procesos de reconstrucción, la formación se debilita estructuralmente. No porque falten contenidos o instituciones, sino porque las condiciones materiales dificultan la producción de sujetos capaces de verdad.<sup>6</sup>

De todo lo anterior se sigue una consecuencia fundamental: no hay formación sin condiciones materiales que la hagan posible. La paideia no es un acto puramente voluntario ni una capacidad que pueda desarrollarse en cualquier circunstancia de la misma manera. Depende de un entramado de mediaciones que deben ser analizadas, comprendidas y, en su caso, transformadas. La dimensión política de la paideia implica también una responsabilidad colectiva: si la formación depende del mundo común, entonces no puede ser considerada únicamente como responsabilidad individual. La producción de subjetividad es un fenómeno social, y las condiciones que la hacen posible o la dificultan deben ser objeto de reflexión y de intervención colectiva. La paideia no es solo un problema educativo: es un problema de organización del mundo común.

## 9. Límites y dificultades

La teoría compositiva de la paideia, al proponer una redefinición materialista, operatoria y no trascendente de la formación, abre un campo de posibilidades, pero también se enfrenta a dificultades estructurales que no pueden ser ignoradas. Estas dificultades no son fallos accidentales, sino consecuencias directas de la ambición del proyecto: pensar la formación sin recurrir a fundamentos trascendentes y sin reducirla a mera funcionalidad.

En primer lugar, se plantea el problema de cómo sostener procesos formativos en entornos fragmentados. La atención se fragmenta, el tiempo se acelera y la experiencia se organiza en secuencias discontinuas. La paideia —que requiere duración, repetición, elaboración y resistencia— se vuelve más difícil de sostener. El problema no es solo pedagógico, sino estructural: ¿cómo producir continuidad en contextos que tienden a interrumpirla? ¿Cómo sostener procesos largos cuando las condiciones materiales favorecen lo breve y lo inmediato?

En segundo lugar, aparece la dificultad de evitar la reducción de la formación a funcionalidad técnica. Si se abandona la trascendencia, existe el riesgo de que la paideia se redefina únicamente en términos de eficacia, adaptación o rendimiento. La formación podría quedar subordinada a las necesidades del sistema técnico,

<sup>5</sup> La conexión entre paideia y argumento trascendental desde la inmanencia merece ser formulada explícitamente. Las condiciones constitutivas del conocimiento —exposición a la resistencia del mundo, posibilidad de corrección— son también las condiciones que la paideia produce en el sujeto. Negar esas condiciones mientras se opera dentro de composiciones que las requieren es autocontradicción material. Esto significa que la paideia no puede ser simplemente un proceso de transmisión de contenidos: si los contenidos transmitidos no pueden ser puestos a prueba y corregidos, la formación que los transmite niega las condiciones constitutivas del conocimiento que pretende producir. La paideia es el proceso por el que el sujeto adquiere las condiciones sin las cuales lo que pretende ser —sujeto cognoscente— no puede serlo. Eso la vuelve normativamente vinculante sin necesidad de fundamento trascendente.

<sup>6</sup> La posibilidad de simulación de la formación —procesos que producen apariencia de paideia sin transformación real de la subjetividad— conecta este artículo con la teoría del simulacro. Una institución educativa que ha perdido las condiciones constitutivas de la formación —exposición a la resistencia, posibilidad de corrección, reorganización del deseo— no produce paideia deficiente sino simulacro de paideia: ocupa el lugar de la formación produciendo su apariencia funcional —títulos, certificaciones, competencias declaradas, discursos sobre el pensamiento crítico— sin las condiciones que harían de esos productos lo que pretenden ser. La distinción entre paideia deficiente y simulacro de paideia es tan importante en el dominio formativo como en el del conocimiento o el del vínculo.

económico o institucional, perdiendo su dimensión crítica. El Composicionismo debe mantener una tensión constante: pensar la formación en términos materiales sin reducirla a mera funcionalidad.

En tercer lugar, surge el problema de cómo intervenir en la formación sin imponer normatividades externas. Si se rechazan los modelos trascendentes del bien, de la verdad o de la formación, ¿desde qué criterio se orienta la paideia? ¿Cómo evitar que la intervención formativa se convierta en una imposición arbitraria de valores? La respuesta composicionista —basada en la consistencia objetiva y en la reconstrucción operatoria— introduce un criterio material, pero requiere ser desarrollada y aplicada en contextos concretos.

En cuarto lugar, se plantea la dificultad de articular la formación individual con las estructuras sociales. El sujeto es responsable de su formación en cierta medida, pero no puede formarse plenamente si las condiciones materiales son adversas. A la vez, las estructuras sociales no cambian automáticamente por la formación de individuos aislados. La paideia se sitúa en una zona intermedia en la que lo individual y lo colectivo se implican sin coincidir plenamente.

A estas dificultades estructurales se añaden otras que afectan al propio proceso formativo. La formación puede ser capturada: prácticas que simulan el pensamiento crítico pueden ser absorbidas por sistemas que, en última instancia, refuerzan la doxa. La formación puede ser simulada: puede producirse una apariencia de formación sin transformación real de la subjetividad, con el sujeto apareciendo como formado sin haber adquirido capacidad operatoria efectiva. Y la formación puede perder su dimensión crítica si se integra completamente en estructuras institucionales sin mantener su capacidad de ruptura. Estas posibilidades muestran que la paideia no es un proceso garantizado. No hay garantía de formación efectiva. Pero aunque no haya garantía, sí hay criterios para distinguir entre procesos que favorecen la reconstrucción operatoria y otros que la dificultan. La dificultad consiste en aplicar estos criterios en contextos concretos, donde las condiciones son complejas y a menudo contradictorias. Las dificultades no invalidan la propuesta: la sitúan en su terreno propio.

## Conclusión

El Composicionismo redefine la paideia sin renunciar a su exigencia. Frente a la disyuntiva contemporánea entre modelos trascendentes y disoluciones relativistas, la paideia composicionista se presenta como una categoría capaz de mantener la fuerza normativa de la formación sin apoyarse en un exterior ontológico. La formación ya no es elevación trascendente hacia un plano superior, transmisión de contenidos entendidos como saberes acumulables, o adaptación funcional a un entorno dado. Desde el Composicionismo, la formación es la reconstrucción operatoria de la subjetividad en el mundo material.

Esta definición condensa los elementos fundamentales desarrollados en el artículo. La paideia es reconstrucción porque no se limita a incorporar lo dado, sino que reorganiza las mediaciones que constituyen la subjetividad. Es operatoria porque implica prácticas activas de intervención sobre lo real: someter la experiencia a resistencia, identificar mediaciones, reconstruir estructuras y corregir errores. Es de la subjetividad porque afecta al conjunto de la organización del sujeto: atención, deseo, lenguaje, temporalidad, relación con la verdad. Y es en el mundo material porque no remite a ningún exterior trascendente, sino que se despliega dentro de las condiciones efectivas de la vida.

Esta redefinición permite articular dimensiones que en otras perspectivas aparecen separadas: verdad, eros y política forman parte de la estructura misma de la formación; el idealismo y el relativismo son igualmente rechazados en favor de una normatividad anclada en la consistencia objetiva de las composiciones materiales; y la paideia aparece como dimensión estructural de la vida humana, no como ámbito sectorial ni como momento inicial que se supera.

La paideia no está fuera del mundo. No es un acceso a un exterior privilegiado, ni una excepción respecto a las condiciones materiales, ni un proceso que pueda desarrollarse al margen de las mediaciones técnicas, sociales y políticas. La formación es un fenómeno inmanente, inscrito en la *symploké* de relaciones que constituyen la realidad. La paideia es el proceso mediante el cual el mundo se vuelve habitable en la subjetividad. Esto significa que la formación no consiste en escapar de la realidad, sino en adquirir la capacidad de organizar la relación con ella de manera no destructiva, no ilusoria y no fragmentaria. La paideia no garantiza este resultado, ni lo asegura de manera definitiva. Pero sin ella, el mundo no se vuelve habitable en sentido fuerte. La formación no es un complemento de la filosofía: es uno de los lugares en los que la filosofía se realiza.

## Notas

- 1 La inversión composicionista de la paideia conserva de Platón precisamente lo que hace filosóficamente potente la noción: que la formación es transformación estructural de la subjetividad —no acumulación de contenidos— y que tiene dirección normativa hacia la verdad. La *periagogé* —el giro de la mirada, no simplemente la adquisición de nuevos datos— es la imagen que el Composicionismo retiene y reinscribe. Lo que destruye es la arquitectura de dos mundos que hace necesaria la salida: en lugar de giro hacia el exterior inteligible, reorganización de las mediaciones que producen al sujeto dentro del único mundo material. El mito de la caverna no es suprimido; es relocalizado: la caverna está dentro del mundo, y la formación es la capacidad de operar dentro de ella de manera menos capturada.
- 2 La distinción entre subjetividad acumulativa y subjetividad operatoria es el punto en que la paideia composicionista más claramente converge y diverge con Dewey. Dewey rechazó la educación como transmisión pasiva de contenidos y propuso el aprendizaje como experiencia activa y resolución de problemas. El Composicionismo acepta esa crítica al modelo acumulativo pero añade dos precisiones que Dewey no desarrolla suficientemente: que la resistencia a la que debe someterse la experiencia es la resistencia efectiva del mundo real y no solo la lógica del problema práctico, y que la formación del deseo es condición de la formación cognitiva, no su consecuencia. Para Dewey, el interés del sujeto ya está dado y orienta el aprendizaje; para el Composicionismo, ese interés es ya resultado de un proceso formativo que debe ser analizado.
- 3 La tesis de que la formación es producción de subjetividad —no transmisión— establece una conexión con Freire, pero desde una posición ontológicamente distinta. Freire identifica la educación bancaria como forma de dominación, y propone la educación como práctica de la libertad mediante problematización del mundo vivido. El Composicionismo acepta la crítica a la educación bancaria y la dimensión política constitutiva de la formación. Donde se distancia es en el fundamento: Freire apela a una humanización que presupone una naturaleza humana a realizar —la vocación ontológica de ser más— que el Composicionismo no puede aceptar sin esencialismo. El criterio composicionista no es la realización de la naturaleza humana sino la consistencia objetiva de las composiciones que la formación produce.
- 4 La descomposición formativa producida por los entornos digitales no es simplemente menor atención o menor concentración: es transformación estructural del régimen de temporalidad en que la formación se produce. La paideia requiere lo que Stiegler llama retención terciaria —la capacidad de sedimentar experiencia en soportes técnicos que permiten la reactivación y la elaboración diferida— pero los sistemas de retroalimentación algorítmica tienden a sustituir esa sedimentación por circulación continua de contenidos sin consolidación. La diferencia entre leer un libro y navegar por un feed no es cuantitativa —más o menos información— sino cualitativa: el libro produce un tiempo de elaboración que el feed elimina estructuralmente. La paideia contemporánea debe pensar cómo producir ese tiempo en entornos que lo destruyen sistemáticamente.
- 5 La conexión entre paideia y argumento trascendental desde la inmanencia merece ser formulada explícitamente. Las condiciones constitutivas del conocimiento —exposición a la resistencia del mundo, posibilidad de corrección— son también las condiciones que la paideia produce en el sujeto. Negar esas condiciones mientras se opera dentro de composiciones que las requieren es autocontradicción material. Esto significa que la paideia no puede ser simplemente un proceso de transmisión de contenidos: si los contenidos transmitidos no pueden ser puestos a prueba y corregidos, la formación que los transmite niega las condiciones constitutivas del conocimiento que pretende producir. La paideia es el proceso por el que el sujeto adquiere las condiciones sin las cuales lo que pretende ser —sujeto cognoscente— no puede serlo. Eso la vuelve normativamente vinculante sin necesidad de fundamento trascendente.
- 6 La posibilidad de simulación de la formación —procesos que producen apariencia de paideia sin transformación real de la subjetividad— conecta este artículo con la teoría del simulacro. Una institución educativa que ha perdido las condiciones constitutivas de la formación —exposición a la resistencia, posibilidad de corrección, reorganización del deseo— no produce paideia deficiente sino simulacro de paideia: ocupa el lugar de la formación produciendo su apariencia funcional —títulos, certificaciones, competencias declaradas, discursos sobre el pensamiento crítico— sin las condiciones que harían de esos productos lo que pretenden ser. La distinción entre paideia deficiente y simulacro de paideia es tan importante en el dominio formativo como en el del conocimiento o el del vínculo.

## Bibliografía

- Arendt, Hannah. *La crisis de la educación*. Barcelona: Península, 1996.
- Arendt, Hannah. *La condición humana*. Barcelona: Paidós, 1993.
- Aristóteles. *Ética a Nicómaco*. Madrid: Gredos, 2014.
- Aristóteles. *Política*. Madrid: Gredos, 2018.
- Armesilla, Santiago. *La vuelta del revés de Marx*. Barcelona: El Viejo Topo, 2020.
- Bueno, Gustavo. *Ensayos materialistas*. Madrid: Taurus, 1972.
- Bueno, Gustavo. *El sentido de la vida*. Oviedo: Pentalfa, 1996.
- Dewey, John. *Democracia y educación*. Madrid: Morata, 2004.
- Foucault, Michel. *Tecnologías del yo*. Barcelona: Paidós, 1990.
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI, 2002.
- Freire, Paulo. *Pedagogía del oprimido*. Madrid: Siglo XXI, 2005.
- Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme, 1991.
- Hegel, G. W. F. *Fenomenología del espíritu*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Jaeger, Werner. *Paideia: los ideales de la cultura griega*. México: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Kant, Immanuel. *Pedagogía*. Madrid: Akal, 2003.
- Marx, Karl. *Tesis sobre Feuerbach; en La ideología alemana*. Madrid: Akal, 2014.
- Marx, Karl, y Friedrich Engels. *La ideología alemana*. Madrid: Akal, 2014.
- Nussbaum, Martha C. *Sin fines de lucro: por qué la democracia necesita de las humanidades*. Buenos Aires: Katz, 2010.
- Platón. *República*. Madrid: Gredos, 2020.
- Platón. *Protágoras*. Madrid: Gredos, 2010.
- Platón. *Menón*. Madrid: Gredos, 2011.
- Santoveña Martín, Jorge. *Composicionismo: Inversión materialista integral del platonismo*. Manuscrito inédito.

Simondon, Gilbert. *El modo de existencia de los objetos técnicos*. Buenos Aires: Cactus, 2007.  
Stiegler, Bernard. *La técnica y el tiempo, 1: El pecado de Epimeteo*. Hondarribia: Hiru, 2002.  
Taylor, Charles. *Las fuentes del yo*. Barcelona: Paidós, 1996.